

tipo romántico que recupera la tradición latina al hacer de la naturaleza lo opuesto de la vida urbana y para así comprobar, de paso, una rebelión frente a la revolución industrial, rebelión tardía pero no por eso menos eficaz.

La palabra mar, metaforizada, se descodifica en un proceso metonímico en *río* (pars pro toto) y *río* en *agua*: son los trabajos del agua, que lleva las cosas con su motor intemporal. Pero hay que decir antes que las metáforas náuticas tienen una vasta tradición en relación a la escritura: Curtius desvela la metáfora de esta índole haciéndola coincidir con la tarea de la escritura poética. Para los latinos, escribir un libro era desplegar las velas; terminar un libro era replegarlas.

Descodificar mar en agua sitúa este último término en su raíz filosófica y lo convierte en un elemento primario al lado de fuego, aire y tierra: es una fuerza que, como metáfora, va más allá del mar mismo creando un espacio infinito que es todos los lugares. El agua, su fluir, alargando la mano, se identifica con la corriente del pensamiento (James) y finalmente con la corriente de la escritura. Sólo por el mar entramos al poema como objeto que se elabora a sí mismo, que se va haciendo conciente de su transcurrir. De la mano del mar (de ahí la coherencia y la felicidad de la metáfora en el título de Pacheco: *Los trabajos del mar*) entramos al poema. Al poema que, mediante Heráclito-lector, nunca volverá atrás por más que la pretendida fijeza de la letra haga como que está permitido volver: será un atrás que ya no es el mismo porque han cambiado tiempo y mirada. Pero es bueno repetir que sólo mediante la desconstrucción de la palabra metáfora-mar, con una fuerza en este caso semejante a una verdadera palabra-valija, se puede llegar, al final, al elemento primario para todo poema que es su propuesta como escritura. Mediante este recorrido la desconstrucción del término que es una desmetaforización, ya que reduce a la metáfora a uno de sus semas primarios, se puede acceder al *motivo* del libro, de tradición latina, que es una de las constantes de toda la poesía de Pacheco: el tiempo, o, para ser más precisos: *tempus fugit irreparabile*, que podría ubicarse en la tópica de Curtius dentro de la *consolatio*, o sea, los lugares del discurso que se refieren a la aceptación fi-

nal de la muerte. Ahora bien, ese tiempo que huye se vuelve objetual mediante su espacialización: es un guiño relativo a la enorme masa de agua que llamamos *mar*. Esta relativización final del motivo del libro es palpable en el hecho de que sólo su primera sección alude directamente al mar: me refiero a la sección primera llamada "Aguas territoriales". Esta parte recurre todavía al *emblemata* mediante los poemas relacionados directamente con el mar o metonímicamente relacionados con ese tema: puerto, muelle, cangrejo, pulpo son texto y contexto del mar. Luego el volumen cambiará de tono dejando al mar como telón de fondo, y cuyo *emblemata* lo convierte en libro simbólico.

Eduardo Milán

DE ACTUALIDADES

CRÓNICA DE UNA AUSENCIA

Desde el 18 de agosto de 1983 el Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética no ha sido visto en público. Ausente de recepciones oficiales, ausente de la celebración del aniversario de la Revolución de Octubre y del desfile militar del 7 de noviembre en la Plaza Roja —hecho sin precedentes en la historia soviética desde la enfermedad de Lenin, en ese ciclo ritual consagrador de una continuidad inmovilizada; todavía está presente el estuario saludo de Brejnev el año pasado, días antes de su muerte, desde lo alto del mausoleo—, ausente de las deliberaciones de fin de año del Comité Central del Partido, de la sección de invierno del Soviet Supremo que él preside, de la reunión del Soviet de la República Federal Rusa. Ausente de las pantallas de televisión.

La situación es ya insoslayable. En el cerrado mundo informativo de la capital soviética, los rumores han cobrado cada vez más densidad. Desde el "resfriado" inicial, la marea subió con el

transcurrir de las semanas: diabetes, diálisis, trasplantes de riñón, versiones de atentados fracasados y fallecimientos presuntos que conmovieron las Bolsas de las capitales occidentales, certidumbre de parálisis, especulaciones todas estrelladas en el nervioso mutismo de los voceadores oficiales. La desojarización es tan insólita, sin embargo, que hasta los altos responsables de la política norteamericana —Schultz, Bush, el mismo Reagan— se han interrogado públicamente sobre ella. ¿Quién es el interlocutor en el Kremlin? ¿Existe crisis en el mando supremo? ¿Los militares están avanzando realmente sobre el aparato partidario? Las dudas hasta hoy no se han despejado.

La salud de Andropov era un dato puesto en cuestión cuando asumió el cargo, pero nadie llegó a prever un deterioro tan rápido y marcado como el que todas las evidencias indican. Es cierto que aparentemente todo sigue igual y que el poder del secretario general no ha disminuido sino que, por el contrario, ha mostrado signos de consolidación. Su presencia indirecta en el mando soviético es reafirmada constantemente por declaraciones que llevan su firma y referencias de sus camaradas del Politburó. Pero el terco hecho de la ausencia se sigue imponiendo y se empieza a especular con una sucesión abierta en Moscú. Reaparezca o no físicamente en un plazo más o menos inmediato, el mandato de Andropov aparece signado indeleblemente. Su carácter transicional está ya presente en todos los cálculos políticos referidos a la URSS. Esto no es un hecho menor en un año que se presenta como el más tenso de las relaciones internacionales en el último cuarto de siglo, con los contactos entre las superpotencias reducidos a su mínimo desde la muerte de Stalin, con la incertidumbre de las elecciones estadounidenses de noviembre: la eventual semivacante de poder en el Kremlin es un punto desasosegante que potencia todos los anteriores. La misma Unión Soviética difícilmente puede soportar por largo tiempo una decrepitud o incapacidad acentuada de su número uno, después de la pesada experiencia del último lustro brejneviano.

El liderazgo de Yuri Vladimirovich Andropov se asentó mucho más rápidamente que lo previsto por cualquier

observador, conquistando en meses las máximas instancias del poder partidario y estatal —Secretaría General del Partido, Presidencia del Soviet Supremo, dirección del Consejo Militar—, tarea que a Brejnev había costado más de una década. Andropov se vio beneficiado, además, por la probada estabilidad del sistema una vez que ha tomado sus opciones y por una indiscutida preeminencia intelectual y política sobre los demás integrantes de las instancias superiores: "Han elegido al más inteligente", fue el comentario de Raymond Aron sobre el cónclave moscovita de noviembre de 1982. Pese a todo esto, y por supuesto acentuado por el curioso episodio de su ausencia prolongada, la situación no deja de ser equívoca, gris, en lo que hace a las líneas maestras de su política a la cabeza de la superpotencia comunista. Sus primeros doce meses se vieron caracterizados por una fuerte falta de imaginación y de un nítido perfil innovador, decepcionantes para todos los que pusieron alguna expectativa en el cambio de guardia.

Es cierto que los problemas planteados en Moscú son complejos. La degradación política, económica y moral del régimen alcanzó niveles peligrosos en el largo "fin de reinado" brejneviano y la rectificación de la situación es tarea, si posible, ardua: sus resultados sólo podrían apreciarse en el mediano plazo. Opción penosa para un hombre que como Andropov, y la confirmación vino antes de lo previsto, está urgido por el tiempo. De hecho, el cúmulo de cuestiones sin resolver en noviembre de 1982 —propias de un momento coyuntural difícil pero también rezago superlativo de la inercia de un sistema excesivamente centralizado, trabado por la irreversible pero lenta enfermedad de Leonid Ilich— era enorme. Hacía previsible, e inevitable, una ofensiva correctiva de cuya necesidad pareciera haber existido consenso en el Politburó elector. Los golpes de timón vinieron, pero no tuvieron ni la fuerza ni la espectacularidad con la que se ilusionaron quienes aceptaron, un tanto ligeramente, la versión cautelosamente filtrada en los momentos iniciales que hacía del nuevo Secretario un "liberal", un reformista difuso, un eco de los tiempos de Jruschov.

En un artículo publicado en estas páginas en el momento inicial del régimen¹, me mostré escéptico respecto de

las posibilidades innovadoras, no desde una dogmática perspectiva negadora de toda alternativa de cambio en la Unión Soviética —aunque reconozco fuertes indicios de una sociedad bloqueada, postrada excesivamente por la burocracia y la represión— sino desde el análisis concreto de la herencia de Brejnev y las fuerzas políticas y sociales que elevaron a la cúspide al hombre que por más tiempo regenteaba la KGB en toda su terrible y desolada historia. La dinámica del poder y de la sociedad soviética en el cuarto de siglo transcurrido desde el XX Congreso y el célebre informe secreto que "destapó la olla", como dice Paz, no dejan espacios abiertos a reales modificaciones desde arriba, tales como las arriesgadas entonces por Nikita Sergueievich para demostrar el terror estalinista y liberalizar la vida soviética. El sentido de la elección de Andropov fue "la necesidad de poner orden en la enorme gama de problemas que acosan a la URSS, especialmente los económicos, que ponen en cuestión su capacidad para llevar adelante su lucha por la hegemonía mundial, que sigue siendo el eje fundamental de la línea de Moscú". La vieja burocracia partidaria, encabezada todavía por Chernenko, que dio claros síntomas de agotamiento en las postrimerías del periodo de Brejnev, no podía garantizar el éxito en esta tarea. El poder del nuevo jefe de la Nomenklatura se fundamentó en una coalición todavía no definitivamente cristalizada, pero ya lo bastante poderosa como para imponerse a las viejas estructuras partidarias, integrada por el ejército, la KGB y la moderna y agresiva tecnocracia estatal. La poderosa figura del mariscal Dimitri Ustinov —ministro de Defensa de la URSS— apareció como un factor fundamental en el nuevo ordenamiento de fuerzas.

Las cuentas no muy claras

Debemos intentar un rápido balance del año inicial del nuevo régimen. En el equilibrio del poder puede haberse mantenido el acuerdo precario de la coalición andropoviana con la burocracia brejnevista de Chernenko. Es cierto que la campaña anticorrupción en las altas esferas del partido y del Estado golpeó, en ocasiones con rudeza, a hombres muy vinculados al pasado régimen. El caso más notable fue el del general Sholokov, ministro del Interior

e íntimo amigo de Brejnev, cesado en su puesto, luego expulsado del Comité Central y, quizás, procesado. Otros blancos fueron el secretario de la región de Krasnodar, también apañado por el viejo secretario general, y algunas figuras del aparato ideológico, miembros de un clan en descomposición, el de Suslov. Trascendió también una campaña moralizadora en el ejército, sin mayores detalles.

Sin embargo, nada de esto alcanzó una magnitud tal que alterara radicalmente el equilibrio de fuerzas en el Politburó, tal como se componía en noviembre de 1982. Allí mismo, en el máximo centro de poder, las cosas han cambiado pero no demasiado y, es más, sin un signo claro. La incorporación de Aliev como miembro de pleno derecho y la previsible muerte de Pelshe, viejo "duro" bolchevique no demasiado simpatizante de Andropov, fortalecieron personalmente al secretario general. De allí en más, una figura avanzó muy claramente: Gregori Romanov, promovido de secretario de Leningrado al Secretariado del Partido, encargado de la industria pesada, y que como miembro del Politburó reúne todas las condiciones para ser un eventual sucesor. Portavoz del complejo militar-industrial, de los "devoradores de acero", tomó el lugar de Andropov en el acto central de aniversario de la Revolución en el Kremlin y pronunció un discurso nada circunstancial: un verdadero programa de futuro estuvo en sus palabras. Es cierto que Vitali Fedorchuk, el reemplazante de Andropov en la cabeza de la KGB cuando su jefe inició su ascenso final hacia el puesto de Brejnev en abril de 1982, fue nombrado ministro del Interior y esto fue un éxito del actual número uno. También puede considerarse una afirmación de su posición la promoción fulgurante de Vitali Vorotnikov del modesto puesto de embajador en Cuba al de presidente de la Federación Rusa y miembro de pleno derecho del Politburó elegido en la reciente reunión de diciembre del Comité Central, y quizás el prospecto personal de Andropov para su sucesión. Otros dos éxitos en las nominaciones: Nikolai Rizkov y Eugueni Ligachev en el Secretariado del Partido. Si bien el primero resultaría un competente economista sin mayor relevancia política, miembro de esa nueva y exigente tecnocracia modelada por Kosigyn, el se-

gundo estaría a cargo de las designaciones, de los cuadros, y esto sería un serio recorte al poder de Chernenko. Sin embargo, el nombramiento de Viktor Chebrikov, actual jefe de la KGB, como miembro suplente del Politburó debe adjudicarse más bien a los adversarios: siempre fue el hombre de control de Brejnev en la KGB dirigida por Andropov. También puede reflejar la importancia alcanzada por ese aparato en el esquema del poder soviético, de tal manera que su patrón no puede quedar excluido de las instancias decisivas del mando. Un último integrante recién electo del Politburó, Mijail Solomentsev, fue postergado siempre por Brejnev y es previsible que sus simpatías no se dirijan hacia el grupo con ese signo.

En resumen, los cambios y promociones en el máximo nivel, apuntan por un lado a un descenso de poder de la vieja burocracia brejneviana y de Chernenko en particular, pero no tan espectacular como para motivar su definitivo desplazamiento: Gorbachev, hombre ambicioso, el más joven del Politburó, miembro además del Secretariado, puede pasar a encabezar las aspiraciones de este poderoso sector del poder soviético constituido por los cuadros del Partido. Por otro lado, existe una ló-

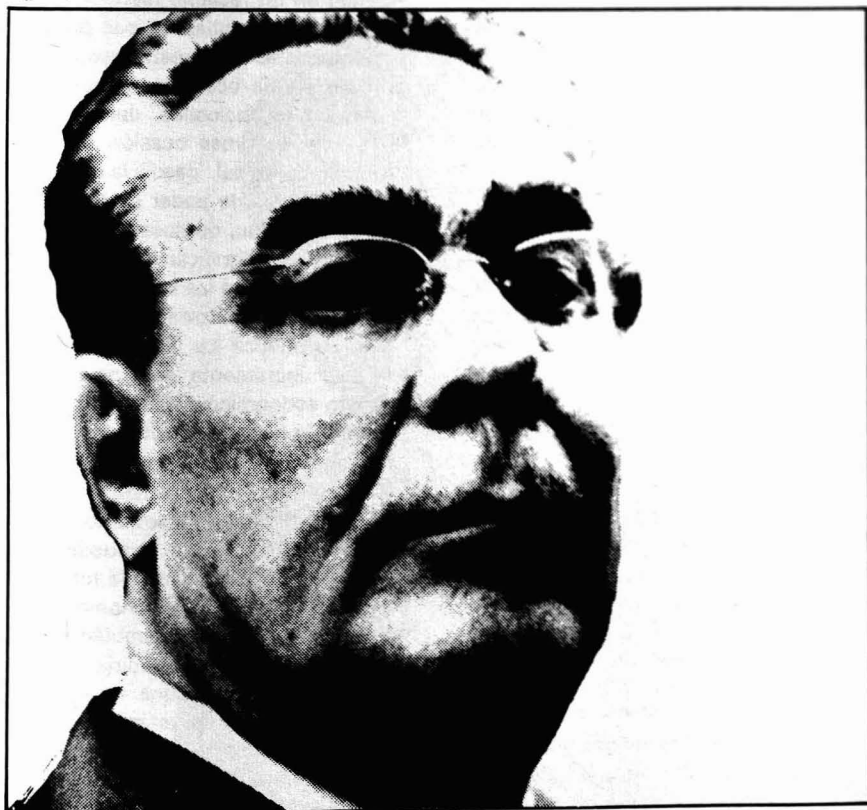
gica afirmación del poder personal de Andropov, amenazado posiblemente por su enfermedad, y que no indica necesariamente que se transmita automáticamente a quien él deseara ver en su lugar luego de su alejamiento. El ejemplo de Brejnev con Kirilenko y Chernenko sucesivamente alerta sobre una identificación apresurada. Finalmente, el peso del ejército y la industria militar, encarnado por el veterano Ustinov, puede ser decisivo en el comportamiento de la coalición mayoritaria en caso de una sucesión: Romanov aparece con fuerza frente a posibles competidores.

En el terreno de las medidas de gobierno, el régimen de Andropov logró algunos moderados éxitos, tales como el crecimiento industrial a una tasa del 4.1% y agropecuario de un 3.6%, que superan bastante los bajos rendimientos de 1982. Las medidas tomadas incluyeron la represión de la "vagancia", del ausentismo, y una mayor disciplina laboral, junto con estrictas exigencias a los responsables de las empresas en cuanto al cumplimiento de las metas. Se crearon nuevos incentivos materiales a la productividad y se amplió la capacidad de decisión de las empresas, en un plan piloto que ahora se aplicará

experimentalmente en empresas electrónicas ubicadas en Bielorrusia, Lituania y Ucrania. También, con el ánimo de fomentar la innovación tecnológica, se crearon fondos especiales e incentivos financieros para las empresas que apliquen invenciones y nuevas tecnologías. En lo que hace a la organización, se aprobó la legislación de los "colectivos laborales" destinada a ampliar la participación obrera en la planificación de las actividades de la empresa, y a la vez se reforzó la autoridad del GOSPLAN —la poderosa Comisión Central de Planificación— en detrimento de los poderes de la burocracia intermedia. En consonancia con lo anunciado por Andropov en su discurso inaugural se avanzó muy tímida y cautelosamente, en una estrecha vía de compromiso entre la rigidez ideológica y un pragmatismo económico que dista mucho de asemejarse al relativamente exitoso y liberal intento húngaro, del que se decía el jefe del Kremlin tomaría como modelo. En la política hacia los disidentes y la emigración el nuevo régimen se mostró muy rígido, aumentando aún más la represión y congelando completamente los permisos de salida de la Unión Soviética. En el balance entre las fuerzas inmovilizantes y las dinamizadoras, resulta claro que el peso de las primeras ha constituido una traba hasta el momento, insuperable para la implementación de reformas profundas, si es que éstas —como algunos todavía sostienen— figuran de alguna manera en los proyectos de Andropov.

En política exterior, el primer test propuesto en torno a las presuntas intenciones de distensión del nuevo jefe se situó en Afganistán. Se especuló sobre el propósito de retirar o reducir sustancialmente las fuerzas soviéticas de ocupación de ese país islámico. Posibilidad discretamente alentada por voceros oficiosos en coyunturas oportunas, sólo ha resultado un espejismo: la guerra prosigue con toda intesidad y Moscú, con sus prisioneros de Kabul al unísono, sigue declarando que su presencia se prolongará en tanto prosiga la "intromisión" estadounidense y paquistaní contra la "revolución".

La apertura diplomática con China, es cierto que iniciada por Brejnev pero subrayada inmediatamente después de sus funerales por Andropov en persona, ha alcanzado un éxito formal discreto, pero en lo sustancial las conver-



Leonid Brejnev

saciones siguen estancadas. El tono de los intercambios entre las dos capitales comunistas se ha distendido, pero el cambio dista de ser espectacular y mucho menos prometedor de alguna perspectiva más profunda que un cierto apaciguamiento de la controversia. Pekín se solazó de la derrota de la diplomacia soviética a raíz del inicial despliegue de los euromisiles estadounidenses. Es más, pese a cierta política provocativa de la Administración Reagan respecto de Taiwan, los dirigentes chinos parecen decididos a proseguir con su acercamiento a Washington y el viaje de Zhao Ziyang así lo acredita. La "carta rusa" de China, de existir, no fue jugada en esta ronda. En Medio Oriente, resulta cada vez más evidente el progresivo hundimiento de Estados Unidos en el pantano libanés, pero los soviéticos están lejos de tomar la iniciativa y sus cartas son reducidas, con Siria como la única posición relativamente firme. En Centroamérica, Estados Unidos prosigue sin encontrar resolución a una crisis que amenaza algunos de sus vitales intereses y que lo erosiona y desprestigia, pero la URSS y su aliada Cuba sufrieron un golpe rudo en Granada y su situación estratégica y diplomática es ambigua. En el resto del Tercer Mundo la credibilidad y el prestigio soviético no han mejorado, y lo más posible es que haya continuado descendiendo.

Sin embargo, el verdadero terreno de confrontación con la otra superpotencia fue colocado por Moscú en la cuestión de los euromisiles. Allí, Andropov se comprometió personal y reiteradamente y las presiones políticas y diplomáticas ejercidas sobre los gobiernos de Europa occidental fueron enormes. El despliegue pacifista de masas ha sido y es importante, especialmente en Alemania Federal e Inglaterra, dos países claves en la estrategia atlántica. Nadie duda de la justicia abstracta de sus postulados, como también resultan evidentes —aún para dirigentes pacifistas claves como E. P. Thompson²— los dividendos políticos que esperaba obtener Moscú de estas gigantescas movilizaciones, aprovechándose de cierta ingenuidad básica de sus planteamientos. La "ofensiva de paz" de Andropov fue dirigida claramente a capitalizar la presión que este proceso antinorteamericano y anti-OTAN ejercería sobre la conciencia po-

lítica europea occidental, pero su fracaso fue notable. El laborismo británico y la socialdemocracia alemana recibieron espectaculares derrotas electorales pese a haber inscrito en lo central de sus programas el cuestionamiento a la estrategia nuclear de la alianza occidental. Y puntualmente se inició en diciembre el despliegue de los Pershing³ y Crucero que responden a la amenaza de los SS20 incesantemente incrementados por los soviéticos mientras que agitaban sus consignas de desarme y paz.

El inicio del despliegue de los euromisiles ha constituido un serio revés diplomático y político para la URSS, quizás el más importante desde la crisis de 1962, aunque por cierto menos espectacular. Es cierto que la alianza atlántica ha recibido duros embates, que por primera vez su unidad esencial fue cuestionada y que muchos piensan que bien puede resultar una victoria pírrica. Pero el despliegue operativo de los nuevos misiles ha reafirmado la voluntad esencial de resistir a la línea expansionista de los soviéticos, en un punto mucho más crucial que el planteado en 1979 por la agresión a Afganistán. Ha significado el fracaso de cuatro largos años invertidos por Moscú para evitarlo y ha colocado a la diplomacia de Gromiko a la defensiva luego de su unilateral ruptura de las conversaciones de Ginebra. Resulta claro que la paz mundial es ahora mucho más precaria que hace seis meses, que la actualización de la guerra fría es ya una dolorosa realidad, pero sería injusto achacar a Occidente y a su supuesto o real belicismo toda o la mayor responsabilidad el arsenal de SS20 que pende sobre Europa, que se inscribe en el intento soviético de aprovechar el desbalance estadounidense luego de Vietnam para incrementar su hegemonía, fue el verdadero desencadenante de esta peligrosa espiral de confrontación. La retórica anticomunista de Reagan no es apaciguadora, pero no dista del lenguaje agresivo de Moscú y de su ofuscada reacción al fracaso de su política europea: la brutal e inmediata búsqueda de respuestas militares indica claramente el real contenido de las intenciones del Kremlin.

La confrontación situada en su nuevo umbral resultará enormemente pesada para la Unión Soviética, y la política de rearme a ultranza de Reagan, Bush y Weinberger la ha colocado en

un nivel de desafío vertiginoso, singularmente oneroso para su economía, ya maltrecha, y la del bloque, que lo está todavía más. El éxito obtenido por la administración republicana al ver aprobado su gigantesco presupuesto para el Pentágono de 253 mil millones de dólares, votado por amplio margen en un Congreso supuestamente renuente al incremento del gasto bélico, constituye un serio desafío a la capacidad de respuesta del Kremlin. Programas tan debatidos y postergados como el del portador estratégico MX y el bombardero B1, entraron en etapa de concreción. El desarrollo de la capacidad bélica espacial recibió atención prioritaria. El crecimiento de fuerzas convencionales muy sofisticadas fue atendido. Más allá de la retórica envejecida o de percepciones sobre el papel de Estados Unidos en el mundo desfasadas o erróneas, la afirmación soviética de que la correlación de fuerzas global está inclinándose a favor del "socialismo" resulta por lo menos aventurada.

El liderazgo soviético se enfrenta a una difícil disyuntiva: ceder frente al rearme occidental o aceptar la nueva espiral de desafío, correr el riesgo de que Estados Unidos "traduzca su poder económico en militar", como amenazó Reagan en un reciente discurso si sus adversarios persistían en sus políticas armamentistas y expansionistas. Lo primero podría ocasionar nuevas presiones de los "halcones" del Pentágono y una peligrosa ocasión para los propugnadores del "paso a la ofensiva" de los círculos de poder de Washington. Esta opción, de desarrollarse, podría llegar a significar un cuestionamiento profundo a las aspiraciones globales de la Unión Soviética que han dirigido su política los últimos años. Lo segundo incrementa sustancialmente el costo económico y político de la carrera por la hegemonía, aumentando la posibilidad de que el ya vapuleado frente interno, especialmente en los países del Pacto de Varsovia, sea todavía más vulnerable. No se puede dejar de especular, además, con la hipótesis de que un genuino y autónomo movimiento pacifista cunda también en estos países, lo que contribuiría ampliamente al trazado de una perspectiva más razonable en las relaciones internacionales. El descontento existente en Alemania Democrática y Checoslovaquia, países huéspedes de los nuevos

SS20 que el mando soviético decidió instalar para contrarrestar la supuesta ventaja adquirida por la OTAN con los Pershing y los Crucero, pareciera ser muy fuerte y hay que sumarlo al fuerte rechazo del nuevo despliegue misilístico soviético expresado por el líder rumano Ceausescu, en una actitud inédita frente a una decisión tan importante para Moscú.

En suma, esperan a Andropov o a quien llegue a ser el jefe soviético, decisiones de un alto grado de problematidad, pero que en cualquier caso distan mucho de la perspectiva optimista con la que la dirección moscovita podía ver la situación apenas dos años atrás. Esperemos que la histeria defensiva que privó en el episodio del *jet* coreano —confuso en cuanto a su real intencionalidad y destinatario final— no resulte la nota dominante al tomar opciones que señalen rumbos más decisivos para la propia Unión Soviética y para todo el mundo en que vivimos.

La visión de un disidente

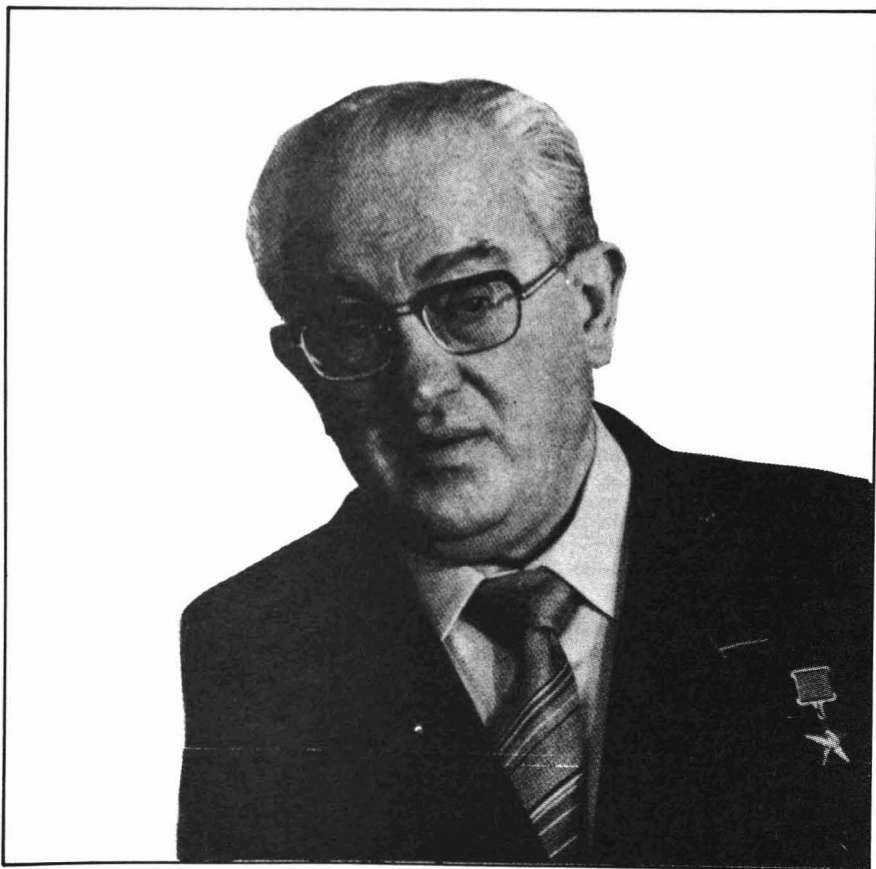
El análisis precedente fue motivado por la lectura de un libro sugerente, polémico

en sus afirmaciones, sutil y comprometido: *Andropov au pouvoir*, del disidente soviético Jaurès Medvedev⁴. Es un ágil recorrido que transcurre desde la reseña de la lucha por el poder que precedió a la muerte de Brejnev a los primeros seis meses de gobierno de su sucesor, con una penetrante mirada a la biografía de Andropov y observaciones originales, aunque ciertamente discutibles, sobre la naturaleza del régimen de su país. El texto alumbra situaciones, analiza el personaje en su genio y figura, desentraña algunas posibilidades de acción futura, practica una manera de ver a la Unión Soviética. Es de justicia reconocer una ardua lucha de Medvedev contra los prejuicios que podrían justificarse, o al menos resultar comprensibles, en un hombre brutalmente perseguido y hostigado por la represión. Su padre murió en un campo de concentración de Stalin, su hermano Roy —figura importante en los restringidos círculos intelectuales disidentes que aún sobreviven en Moscú, historiador, autor de una significativa obra sobre el estalinismo e informante permanente del libro que comentamos— se encuentra cercado por la KGB y la

justicia soviética y amenazado en su condición de escritor independiente. El joven hijo de Jaurès ya conoció la prisión por "vagancia" y "malas costumbres", y él mismo vive exilado en Londres luego que se le quitó la ciudadanía soviética en el transcurso de un viaje que efectuaba a la capital inglesa por razones académicas.

El libro es la obra de un político profundamente comprometido con la idea de que la socialdemocracia tiene algo que decir también en la Rusia soviética, que el sistema comunista es susceptible de democratización desde su propio interior. Jaurès, al igual que su hermano Roy, quedó profundamente marcado por la experiencia liberadora del jruschovismo, a la que dedicaron un penetrante ensayo. Es natural entonces, que su preocupación central sea la de verificar los posibles cambios a partir de la desaparición de Brejnev, la orientación transformadora del nuevo dirigente. Medvedev rechaza —correctamente— el análisis de Andropov como un simple represor, al que podría confinarse apriorísticamente; para el autor es un político fino, de envergadura, que eventualmente dirigió la policía y los servicios secretos, y que se aprovechó de ello como de un instrumento político para alcanzar el poder supremo. Esto reveló toda su astucia y sus recursos, ya que hasta él la dirección de la KGB había resultado un *handicap* insuperable para cualquier postulante a los cargos máximos: Beria y Shelepin resultan buenos recordatorios.

El libro de Jaurès no contiene revelaciones sensacionales. Sin embargo, la figura de Andropov está trazada sobre la base de algunos episodios poco conocidos y que dibujan adecuadamente su figura. Vale la pena relatar alguno. En los últimos meses de vida de Brejnev resultaba muy importante para Chernenko y su grupo mostrar al Secretario General pleno de vigor físico y mental, mientras afirmaban sobre su voluntad la sucesión. En este contexto es programada una visita a Bakú. Un secretario alcanza a Leonid Ilich el discurso que debía pronunciar. El jefe habla durante siete u ocho minutos ante el desconcierto cada vez más evidente de su auditorio: el discurso no correspondía a la ocasión, pero Brejnev proseguía su perorata sin inmutarse, sin percatarse de nada. Finalmente, alguien lo detuvo y sólo pudo proferir:



Yuri Andropov

"Es necesario recomenzar todo". El ayudante fue por cierto severamente reprendido y alejado del equipo de Brejnev y previsiblemente de por vida de cualquier cargo que entrañara la más mínima responsabilidad. Sorpresa; reapareció promovido junto a Andropov no bien éste ocupó la vacante dejada por Brejnev. Otro ejemplo de la sutileza andropoviana: Tolstikov, secretario de Leningrado, era un obstinado opositor del entonces jefe de la KGB. En 1970, Tolstikov —reputado *play boy* en la antigua capital de los zares— sale de *week-end* en su yate por el Báltico, con un grupo de amigos. En la distracción del jolgorio la embarcación atraviesa el límite de las aguas territoriales soviéticas y es detenido por un guardacostas. Inmediatamente el secretario de Leningrado reclama ser liberado dada su jerarquía, pero no podía identificarse adecuadamente. El aduanero se comunica con Andropov —hay que recordar que la custodia de las fronteras depende en la URSS de la KGB—, quien naturalmente ordena dejar libre a Tolstikov y compañía. Todo el asunto, como tantos otros, podría haber pasado a un discreto olvido, salvo por un detalle: Andropov publicó una nota oficial en los periódicos de Moscú felicitando al guardia fronterizo por su celo en el cumplimiento del deber en un episodio tan difícil, etc., etc. Tolstikov fue liquidado políticamente y enviado de embajador a China.

El mismo tipo de sutileza palaciega de griego del Bajo Imperio, de compleja estrategia de golpes oblicuos que revelan estos episodios, estuvo dirigiendo Andropov contra sus adversarios en la lucha interna de 1982. De ninguna manera agredió directamente a Chernenko, su principal rival. Sistemáticamente se dedicó a debilitar la figura de Brejnev, sabiendo que al hacerlo erosionaba la principal base de fuerza, casi la única, de su delfín. De allí, el *affaire* de los diamantes y del amigo gitano de Galina Brejneva, el suicidio de Tsvigun, la puesta en evidencia de la decrepitud del Secretario General, de la ineficiencia, de la corrupción. La acertada conclusión de Medvedev ya la mencionamos: Andropov fue el único de los jefes de la KGB que a lo largo de su historia la utilizó para edificar un poder personal. Si recordamos este historial, si consideramos las exigencias increíbles que plantea la lucha por alcanzar el po-

der y mantenerlo en el socialismo real —"siempre hay viento en las altas cumbres" decía Mao para fijar en una imagen poética la despiadada realidad de los conflictos en la alta jerarquía comunista— debemos respetar las dotes políticas del hombre que tras la gris fachada de un *aparatchiki* burocrático llegó a ser el cuarto sucesor de Lenin.

Medvedev, si sostuvo ilusiones de liberalización al inicio del periodo de Andropov fue rápidamente desengañado por los seis meses transcurridos hasta junio del año pasado, momento en que cierra su libro. Sin embargo, en el fondo se desliza una visión optimista —para llamarla de alguna manera— de la sociedad y del poder soviético, visión compartida por muchos en Occidente y que se equivoca en la caracterización de la naturaleza profunda del totalitarismo de Moscú. No la comprende, en la medida en que adjudica la represión, la intolerancia, el visceral rechazo al pluralismo, el autoritarismo, los problemas de la dinámica social y económica a episodios contingentes y no a una lógica necesaria instalada en la matriz básica del régimen. De allí el carácter de algunas de sus afirmaciones y reclamos. Por ejemplo: "Es lamentable que el nuevo equipo dirigente no haya aprovechado la ocasión para efectuar una amplia amnistía política a los disidentes" (pág. 176), o afirma que el nuevo secretario general comete "un grave error político" con el endurecimiento represivo (¿desde qué óptica?), no cala hondo en la esencia expansionista de la actividad exterior soviética adjudicando muchas de sus decisiones a reflejos defensivos o con cierto candor cree que los problemas de la economía se resuelven en la URSS "simplemente redefiniendo las prioridades, procediendo a algunas modificaciones y mejoras de gestión" (pág. 149). De allí la enorme distancia entre su análisis y el efectuado por un Soljenitsin, un Voslensky, un Castoriadis.

Sin embargo, el debate está abierto y debe ampliarse, especialmente cuando, como en nuestro medio, se desarrolla sujeto a tabúes y groseras mistificaciones, cuando el peso de los mitos ideológicos se confunde con los engaños deliberados. La naturaleza de la Unión Soviética, la práctica real de su política, el significado de sus opciones profundas, no debe ser rehuida como tema en virtud de consideraciones

cada vez más faltas de sustento. Por el contrario, abordarlas es fundamental para las alternativas que no divorcian democracia de socialismo. Si son posibles deben demostrar ser capaces de encararse con esa realidad terrible de nuestro tiempo patentizada por el hundimiento de la Utopía en la opacidad de la opresión totalitaria, para exorcizarla y recobrar así el futuro.

Horacio Crespo

Notas

1. Crespo, Horacio, "Sucesión en la URSS: continuidad y cambio", en *Revista de la Universidad de México*, Volumen XXXVIII, Nueva Epoca, número 23, Marzo/1983

2. *Ib.*, pág. 38

3. Afirma el historiador inglés: "El propósito de la diplomacia soviética es convencer a las naciones euro-occidentales que se retiren de la influencia estadounidense, mientras los soviéticos refuerzan su propia influencia en Polonia y el resto de las naciones de Europa oriental. El Kremlin piensa que este año la diplomacia soviética apoyada por los movimientos pacifistas occidentales, logrará un éxito al cambiar el balance de poder que quedó establecido en la postguerra. Moscú piensa utilizar la opinión pública para impedir el emplazamiento de proyectiles nucleares de mediano alcance, y así aislar a Europa de las estrategias estadounidenses. La ofensiva soviética de paz es únicamente para exportación. Dentro de sus fronteras se ha declarado una guerra fría contra el movimiento pacifista (...). La Unión Soviética y los Estados Unidos son como dos chicharos en la misma ensalada, dos ideologías similares en cuanto a sus opiniones sobre equilibrios y seguridad nacional por medio de la fuerza. Es inútil para el movimiento pacifista depositar su confianza en cualquier nación que está poderosamente armada, en especial una en la que la información sea estrictamente controlada y la opinión pública no tenga influencia sobre los gobernantes". Transcribo *in-extenso* porque esta versión del pacifismo es casi desconocida para el público mexicano. El artículo de E. P. Thompson fue publicado en *The Nation*, 26/1/1983 y reproducido parcialmente en *Excelsior*, 27/2/1983.

4. Medvedev, Jaurès, *Andropov au pouvoir*, Paris, Flammarion, 1983. El autor es biólogo y enfrentó decididamente en la época de Juschov las mistificaciones de Lissenko. Colaboró en el periódico de *samizdat* *Politicheskij Dnevnik* (*Crónica política*), dirigido por su hermano Roy entre 1964 y 1971. Es autor de un libro sobre la ciencia soviética, publicado por el Fondo de Cultura Económica.

Miró

La *Revista de la Universidad de México* lamenta profundamente el deceso de Joan Miró, un pintor que contribuyó a diseñar los lineamientos mayores del arte de nuestro siglo y que fue dueño de una sensibilidad impar.